EL AYUNO

I.

Cuando el Vicario subió al púlpito, con su ancha sobrepelliz de angélica blancura, la Baronesita estaba devotamente sentada en el sitio de costumbre, delante de la capilla dé los Santos Angeles, cerca de un calorífero.

Después de un instante de recogimiento, el Vicario se pasó delicadamente por los labios un pañuelo de batista; luego abrió los brazos, semejante á un serafín que se dispone á volar, inclinó la cabeza, y habló. La voz pareció al principio, en la vasta nave, como murmullo lejano de agua corriente, como queja amorosa del viento en el follaje. Poco á poco, creció el murmullo, la brisa se convirtió en tempestad, rodó la voz con el majestuoso retumbar del trueno. Pero siempre, por instantes, aun en medio de las más formidables explosiones, la voz del sacerdote se dulcificaba súbitamente, recortando con claros rayos de sol el sombrío huracán de su elocuencia.

Desde que empezó el susurrar entre las hojas, la Baronesita había adoptado la posición beatífica y ensimismada de una persona de oído delicado, pronta á

deleitarse con todos los primores de la sinfonía preferida. Dulce éxtasis pareció embargarla ante las frases musicales del exordio: siguió después, con atención de inteligente, las inflexiones de la voz, la magnificencia del efecto final, con tanto arte preparado, y cuando la voz adquiriera todo su volumen, no pudo retener un «¡bravo!» discreto, un cabeceo de satisfacción.

Desde este punto fué como un goce celeste; todas las devotas se sentían arrobadas.

II.

No obstante, el Vicario decía algo: acompañaba su música con palabras. Predicaba acerca del ayuno. Exponía cuán agradables son á Dios las mortificaciones de las criaturas. Inclinado sobre el púlpito, en su actitud de gran pájaro blanco, suspiraba:

—Ha llegado la hora, hermanas y hermanos míos, en que debamos todos, imitando á Jesús, llevar nuestra cruz, coronarnos de espinas subir nuestro calvario, desnudos los pies, pisando los guijarros y la maleza.

La Baronesita hubo de encontrar, sin duda, la frase muy artística porque guiñó dulcemente los ojos, como penetrada de inefable satisfacción: y al compás de la sinfonía del Vicario, sin dejar de seguir sus frases

melódicas, cayó en un semi-éxtasis lleno de voluptuosidades íntimas.

En frente de ella se abrían las altas ventanas del coro, pardas con la niebla. La lluvia no cesaba. La encantadora criatura había acudido al sermón con un tiempo atroz. Hay que ser sufrido cuando se tiene religión. El cochero había sufrido un aguacero espantoso, y ella misma, al saltar del carruaje, se mojó ligeramente las puntas de los pies. Verdad que su cupé era excelente, cerrado, techado como una alcoba; pero ¡es tan triste ver, á través de los húmedos cristales, las filas de paraguas corriendo afanosamente por las aceras! Pensaba, además, que, á haber hecho buen tiempo, habría podido ir en victoria, lo que es mucho más agradable.

En el fondo, su mayor temor era que el Vicario despachase demasiado pronto. Le sería preciso entonces esperar á que llegase el coche, porque ciertamente no había de volver á pie con semejante día. Y calculaba que, al paso que iba, no tenía el Vicario voz para dos horas: el cochero no estaría á tiempo, y esta ansiedad amargaba algo las devotas alegrías de la Baronesa.

III.

El Vicario, con bruscos movimientos de cólera que le hacían erguirse, flotante el cabello, los puños dirigidos á lo alto, como hombre que es presa del espíritu vengador, gritaba:

—Y, sobre todo, ¡desgraciadas de vosotras, pecadoras, si no vertéis sobre los pies de Jesús los perfumes de vuestros remordimientos, el aceite oloroso de vuestro dolor! ¡Creedme! Temblad, caed de rodillas sobre las piedras; sólo viniendo á encerraros en el purgatorio de la penitencia, abierto por la Iglesia durante estos dias de contricción universal; sólo desgastando las losas con vuestras frentes pálidas por el ayuno; sólo sometiendoos á las angustias del hambre y del frio, del silencio y de la noche, mereceréis el perdón divino el día fulgurante del triunfo!

La Baronesita, sacada de su preocupación por este terrible apóstrofe, movió la cabeza lentamente, como compartiendo la opinión del enojado sacerdote: por su parte, no abrigaba la menor duda: era menester coger las disciplinas, ocultarse en el rincón más sombrío, más húmedo, más glacial, y azotarse sin piedad.

Después volvió á caer en sus ensueños se perdió en el fondo de un bienestar, de un éxtasis lleno de ternura. Estaba cómodamente sentada en una silla baja, de ancho respaldo, y tenía á sus pies un cojinete bordado que la preservaba del frío de las baldosas.

Medio echada, gozaba de la Iglesia, de esa gran nave, donde flotaban los vapores del incienso, y cu-

yas profundidades, sumidas en sombras misteriosas, se inundaban de adorables visiones.

La nave, con sus colgaduras de terciopelo rojo, sus adornos de oro y mármol, con su aire de inmenso *boudoir*, bañada en aromas embriagadores, iluminada por la suave claridad del crepúsculo, cerrada y como pronta á partir en busca de amores sobrehumanos, la había envuelto poco á poco en los encantos de sus pompas. Era aquello como una fiesta de los sentidos. Su gruesa y bonita persona se abandonaba, lisonjeada, mecida, acariciada, y, sobre todo, su voluptuosidad se sentía pequeña ante tan gran beatitud.

Pero, bien á pesarsuyo, lo que mayor placer le producía era el tibio aliento del calorífero, colocado casi bajo sus enaguas. Era muy friolera la Baronesita. El calor deslizaba discretamente sus suaves caricias á lo largo de sus medias de seda. Grato sopor la embargaba en este baño de blanda molicie.

IV.

Seguía airado el Vicario. Abríanse ya ante los ojos espantados de las devotas, para tragárselas, las calderas de aceite hirviendo del infierno.

—Si no escucháis la voz de Dios, si no escucháis mi voz, que es la misma voz de Dios, en verdad os digo, veréis cómo crujen vuestros huesos, veréis

cómo se abre vuestra carne sobre los carbones encendidos, y entonces será inútil que gritéis: «¡Piedad, Señor, piedad; yo me arrepiento!» ¡Dios no os atenderá y os empujará al abismo con el pie!

A este último arranque, hubo un extremecimiento en el auditorio. La Baronesita, que resueltamente se dormía bajo el influjo del aire tibio en que flotaban sus ropas, se sonrió vagamente. Conocía mucho al bueno del Vicario. El día anterior lo había tenido á su mesa. Adoraba el pastel de salmón trufado, y el burdeos era su vino favorito. ¡Hombre excelente sin duda! De treinta y cinco á cuarenta años, moreno, con el rostro tan redondo y sonrosado, que, más que rostro de sacerdote, parecía el rostro alegre de una moza de granja. Por otra parte, hombre de sociedad, de paladar delicado, de lengua almibarada, decía á la Baronesita con voz melosa:—«¡Ah, señora; con semejante tocado, haría V. que se condenase un santo!

En cuanto á él, no se condenaba. Igualmente galante con la Marquesa, con la Condesa, con todas sus penitentes, era el niño mimado de estas damas.

Cuando los jueves iba á comer á casa de la Baronesita, ésta le cuidaba como á tierna y querida criatura á quien un soplo de aire puede constipar, á quien un plato mal condimentado produciría infaliblemente una indigestión.

En el salón, su butaca estaba al lado de la chimenea; en la mesa, los criados tenían orden rigurosa

de atenderle especialmente y servirle, á él sólo, cierto vinillo de edad de doce años, que bebía, cerrando los ojos con fervor, como si estuviera comulgando.

¡Era el Vicario tan bueno, tan bueno! Mientras que desde lo alto del púlpito hablaba de huesos que crujen y de miembros que se chamuscan, la Baronesita, en su estado de somnolencia, veíale á su mesa, limpiándose beatíficamente los labios, y diciéndole:—«He aquí un bizcocho, señora, que haría que V. hallase gracia cerca del buen Dios, si su belleza no bastase por sí sola para asegurarle el paraíso».

V.

El Vicario, desahogada su cólera, proferidas sus amenazas, estalló en sollozos. Era de ordinario su táctica.

Casi de rodillas en el púlpito, no mostrando más que las espaldas, se enderezaba de súbito irguiéndose, inclinándose, como abatido por el dolor; se enjugaba los ojos, dándose fuertes restregones con un paño de muselina almidonada; movía los brazos á la derecha y á la izquierda; adoptaba actitudes de pelícano herido.

Era el ramillete, el final, el trozo á toda orquesta, la escena, llena de movimiento, del desenlace.

—¡Llorad, llorad! (suspiraba con voz espirante.) ¡Llorad por vosotros, llorad por mí, llorad por Dios!...

La Baronesita se había quedado dormida, con los ojos abiertos.

El calor, el incienso, la sombra que se espesaba, habían embotado sus sentidos. Se había hecho una pelota, se había encerrado en las voluptuosas sensaciones que esperimentaba, y allá, en sus adentros, soñaba cosas muy agradables.

A su lado, en la capilla de los Santos Angeles, había un gran lienzo, que representaba hermosos jóvenes medio desnudos, con alas en las espaldas. Sonreían con sonrisa de amantes apasionados, é inclinados, arrodillados parecían adorar á alguna baronesita invisible.

¡Gallardos mozos, de labios tiernos, de piel sedosa, de brazos musculosos!

Y lo malo era que uno de ellos se parecía como un huevo á otro al joven duque de P***, uno de los buenos amigos de la Baronesita.

En su estado de adormecimiento, preguntábase ella si el Duque no estaría así bien, desnudo, con alas en las espaldas; por otra parte, se imaginaba al bello y sonrosado querubín vestido con el negro traje del Duque.

Después fijóse el sueño: era ya realmente el Duque, en ropas muy ligeras, que desde el fondo de las tinieblas le enviaba besos con los dedos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI.

Al despertarse la Baronesita, oyó al Vicario que pronunciaba la frase sacramental:

—Esta es la gracia que os deseo.

permaneció un instante como asombrada.

Creyó que el Vicario deseaba para ella los besos del joven Duque.

Hubo un gran ruido de sillas. Todo el mundo se fué.

La Baronesita lo había pensado perfectamente; su cochero no estaba al pie de las gradas. El pícaro del Vicario se había apresurado á concluir su sermón, robando á sus penitentes lo menos veinte minutos de elocuencia.

Impacientábase la Baronesita en una nave lateral, cuando vió salir al Vicario, precipitadamente, de la sacristía. Miraba la hora en su reloj, con el aire de hombre muy ocupado que no quiere faltar á una cita.

—¡Ah, querida señora! Me he retrasado (dijo). Ya lo sabe V.; me esperan en casa de la Condesa. Hay allí un concierto espiritual, seguido de una pequeña colación.

LOS HOMBROS DE LA MARQUESA

I.

La Marquesa duerme en su magnífico lecho, bajo las anchas cortinas de seda amarilla. A las doce, al timbre claro del reloj, se decide á abrir los ojos.

¡Qué tibia y agradable atmósfera! Los tapices, las colgaduras de las puertas y ventanas, convierten la habitación en un nido delicioso. Calor, perfumes por todas partes. Reina allí la eterna primavera.

No bien despierta, la Marquesa parece presa de viva ansiedad. Se incorpora; llama á Julia.

—¿Llama la señora?

—Dime ¿hiela?

—¡Oh, excelente Marquesa! ¡Con qué voz tan conmovida ha hecho esta pregunta! Su primer pensamiento ha sido para ese frio terrible, para ese viento norte de que ella está libre, pero que debe soplar cruelmente en los tugurios de los pobres.

Y pregunta si el cielo se ha apiadado, si puede gozar del calor sin remordimiento, sin pensar en los que tiritan.

—¿Hiela?